

HOMENAJE A GARCIA MONGE¹

PRIMERAS PALABRAS

LA edad de Cristo, 33 años de misión cultural y orientadora, ha cumplido *Repertorio Americano*. Salió a la estampa, por primera vez, el 15 de septiembre de 1919, aniversario de la independencia en aquellas tierras morazánicas; el 20 de enero de 1946 se publicó el núm. 1000; y ya su fundador, animador y director, mi compatriota ilustre y amigo inolvidable, don Joaquín García Monge, va por el núm. 1148.

Hay que imaginar lo que eso significa de paciencia heroica, de abnegación, de espíritu apostólico, en clima agobiador para empresas o disciplinas intelectuales, donde se le rinde tributo al realismo productivo y el hombre de pensamiento es cosa secundaria, a quien se pretende ignorar o desdeñar.

En la pequeña república costarricense, sin embargo, que conserva por lo menos su vieja tradición de libertad para expresar ideas, aunque nadie de arriba las tome en cuenta; encerrado en su casa solariega; meciéndose en su amplia poltrona mientras medita, o moviéndose entre montones de papeles y de libros; en correspondencia con escritores y poetas de todo el continente; sin apoyo oficial ninguno—que más bien le haría daño que provecho—, mantiene encendida don Joaquín la antorcha de su *Repertorio*, cuya luz se aprecia mejor de lejos que de cerca.

Rey Lea, "con un inmenso poder sobre los espíritus, pero siempre en cautiverio; rey sin cetro, cuyo talento es aristocracia y es menester humillarlo, o es enfermedad y es menester curarlo", dijo del escritor hispanoamericano la inquietud rebelde de Antonio Zelaya, en junio de 1945, al celebrarse las bodas de plata de la revista cohesionadora de García Monge.

Escribió en la misma ocasión otro costarricense, el cuentista, bibliógrafo y erudito Luis Dobles Segreda: "Se habla aho-

¹ Lamentamos la falta de Santo Domingo. No fué posible obtener ninguna colaboración.

ra del *Repertorio* porque celebra sus bodas de plata, que son ya en sí un mérito raro en país tan sordo para cosas espirituales; y al hablar de él se ponen de lado, y casi se olvidan, las otras mil facetas de esa gran campaña cívica que viene sosteniendo García Monge al través de su vida”.

SON múltiples, en realidad, las actividades de hondura espiritual y de arraigado civismo a que ha hecho frente García Monge. Sin fondos, a base de suscripciones, de pequeños anuncios y de alguna que otra aportación humilde, empezó su obra civilizadora este gran divulgador de cultura, este animador inigualable, de quincena en quincena durante medio siglo.

A principios de la centuria inició su labor, en revistas modestas, como *La Siembra*, como *Vida y Verdad*. Seguiría después su *Colección Ariel*, de la que pudo imprimir 92 cuadernos. Por sus páginas desfilar Maeterlinck, Renán, Ruskin, Unamuno, Fernán Caballero, Flaubert, Rubén Darío, Rodó, Martí, Gutiérrez Nájera, Baumbach, Amiel, Gómez Carrillo, Varona, Clarín y los más famosos autores de la literatura universal.

A la magnífica *Colección Ariel* habrán de agregarse las *Ediciones de Autores Centroamericanos*, las *Ediciones Sarmiento*, el *Convivio* y el *Convivio de los Niños*, hasta llegar en 1919 al *Repertorio*, que trató de establecer infructuosamente en Nueva York.

¡En Nueva York, que le crispaba los nervios, cuando tuvo que salir de Costa Rica—de donde no hay poder humano que pueda hoy desprenderlo—, durante el destierro a que lo sometieron los Tinoco!

PERO al mismo tiempo se dedicaba don Joaquín a la enseñanza, y ésta es otra de sus facetas. Nacido el 20 de enero de 1881 en Desamparados, población vecina de la capital, pudo completar sus estudios de secundaria en el Liceo de Costa Rica. Allí obtuvo su bachillerato en humanidades. Y con ese título se inició como maestro, y se inició también como escritor.

Tentado de ver en letras de molde sus escritos, logró publicar su breve novela costumbrista *El Moto*, hacia 1900. Pocos meses después *Las hijas del campo*, en cuyas páginas realistas plantea con soltura y agudeza, a pesar de su corta edad (19 años), el problema de las muchachas campesinas, siempre ex-

puestas en la ciudad a graves peligros, a ser engañadas, a perderse, a prostituirse.

Transcurrido un corto trecho, en 1902, vió salir de las prensas su tercer libro, *Abnegación*, que ya no hace pensar en la influencia de Zolá, sino en la temática espiritual de León Tolstoi. Y al cabo de mucho tiempo, en 1917, *La mala sombra* y *otros sucesos*, narraciones anecdóticas en las cuales campea el estilo personalísimo, fácil, sencillo, definitivamente cuajado que le conocemos a don Joaquín, tanto en su correspondencia de frases cortas, como en las acotaciones, los comentarios rapidísimos y aun los acuses de recibo del *Repertorio*.

Podrá observarse, por las fechas, que la producción activamente literaria de García Monge se redujo a un corto período, en sus primeros años de juventud. Casi tres lustros se pasaron de *Abnegación* a *La Mala sombra*. ¿Y qué más, en tantos años? Dejó lo propio, sacrificando su obra personal, su obra de creación, para dedicar todo su tiempo a instruir y a orientar en la cátedra o en la conferencia, y a la incansable labor interhispanoamericana que viene realizando.

QUEDÓ antes explicado que los tres primeros libros de García Monge, de 1900 a 1902, fueron novelas de primera juventud; pero de tanto mérito en un adolescente, cuyos exámenes de bachillerato merecieron además las más altas calificaciones, que al novel autor se le otorgó una beca para que continuara sus estudios en el Instituto Pedagógico de Chile. Y en Santiago lo tenemos hasta 1904, año en que regresa y da principio a sus lecciones en el Liceo de Costa Rica, especializado en Literatura Castellana y en Pedagogía.

Dará clases posteriormente en el Colegio Superior de Señoritas, en otros planteles y en la Escuela Normal de Heredia, cuya dirección corre a su cuidado, *hasta topar* con los Tinoco y salirse del país.

Derrocado el régimen dictatorial, vuelto a la patria, le nombra Secretario de Educación Pública el Presidente provisorio don Francisco Aguilar Barquero, con quien llega al fin de su mandato en mayo de 1920.

Del Ministerio le trasladan a dirigir la Biblioteca Nacional, en donde aún se respira el buen aire de su actividad y de sus in-

novaciones. Y estará entre anaqueles *hasta topar* con otro régimen adverso a sus principios, que sin mayores miramientos le acepta la renuncia y le nombra sucesor, precisamente en 1936, año crítico para la cultura hispanoamericana por la traición de Franco y por el dominio de las fuerzas más reaccionarias —otra vez hogaño en el poder y a la vista—, en la mitad de América.

A García Monge se le juzgaba en *las alturas* —se le sigue aún considerando— como izquierdista peligroso. ¿Por qué? Por aceptar y preferir en su publicación colaboraciones de intelectuales con *ideas exóticas*, a saber: antinazismo, antifranquismo, antidespotismo, antiimperialismo, antientreguismo. Y no tuvo entonces más remedio que salirse de la Biblioteca, ya no al bullicio de Nueva York sino a su casa, a sus montones de papeles y de libros, a la poltrona en que medita y sueña, a su correspondencia, a sus amigos, a su *Repertorio*.

ESTA es, a grandes rasgos, la obra extraordinaria, la biografía sintética de un costarricense nato, que responde a nuestra vieja tradición de civilidad y de cultura. Con gobiernos comprensivos, progresistas, visionarios, capaces de auscultar el corazón de América, hubiera sido García Monge un brillante Embajador —Embajador de lujo— en las repúblicas realmente democráticas del continente.

No lo fué ni ha de serlo, sin embargo, porque es varón que piensa y siente en lo hondo la tragedia y el dolor de América; porque sigue preguntando por la buena vecindad, la Carta del Atlántico, la Carta Universal de los Derechos del Hombre, la libertad y la justicia; porque recoge y tremola la bandera de Bolívar, de Morelos, de Sarmiento, de Juárez, de José Martí, la de Jefferson también y la de Lincoln, tan en pugna con lo que hacen hoy algunos gobernantes.

Pero si esa es la realidad en ciertos medios oficiales, otro ciudadano ejemplar de nuestra América, el siempre admirado y admirable maestro don Jesús Silva Herzog, sembrador igualmente de cultura, ha querido rendirle un homenaje fraternal a García Monge. Y lo hace cuando se inicia el año duodécimo de su benemérita revista CUADERNOS AMERICANOS, en este nuevo y valiosísimo volumen de trescientas páginas —ciclópea empresa—, que lleva ya el núm. LXVII.



García Monge en 1939.



García Monge, Neruda y Delia del Carril, 1943.

Honrar honra, dijo el iluminado apóstol de la independencia cubana. No ha sido otro el lema de Silva Herzog. Los dos se honran, y yo con ellos, escribiendo este prefacio. ¡Vivan por muchos años don Jesús y don Joaquín!

Vicente SAENZ

ARGENTINA

RECONOCIMIENTO

LA significación de don Joaquín García Monge en nuestra cultura conviene que sea destacada con energía y reiteración, y por esto me parece que la iniciativa de CUADERNOS AMERICANOS es oportuna y loable. Ante todo, nuestra América padece de incomunicación, hasta de una dislocación lamentable y absurda, y muchos no llegan a enterarse de cosas esenciales y que interesan a todos. En segundo lugar, abundan los que conocen ciertos hechos de importancia máxima, pero nunca se les ocurre hablar de ellos, admitirlos explícitamente, y los mantienen soterrados en sí, sin otorgarles esa vigencia pública que es la manera de que cobren efectiva existencia, hasta para el mismo que se halla íntimamente persuadido de ellos. Los sucesos de gran trascendencia no alcanzan su reconocimiento cuando se limitan a ser convicciones individuales y dispersas, aunque por ventura fueran convicción privada en todos, tomados uno a uno. Es necesario que cada uno posea su propia convicción y conozca la de los demás, para que la verdad común obtenga la fuerza de un consenso y las opiniones singulares se robustezcan y corroboren las unas con las otras. Sólo así brota la sanción justiciera y general que pone las cosas en su sitio y permite el destaque y aprovechamiento del esfuerzo eminente.

Muchos, innumerables son en nuestra América los que conocen y estiman la obra de García Monge y se han aprovechado de ella; conviene que todos se encuentren en la publicidad del aprecio y del débito hacia él; conviene que la voz callada de cada uno llegue a ser palabra expresa y se multiplique en ecos, para que el concierto de las voces unánimes se torne voz del continente.